

porque son absurdos? ¿O es una fe superficial y que comienza á vacilar? Descartes se halla muy cerca de aquellos que *quieren creer* y ya no pueden; *piensa* todavía que *cree* por una ilusion que conserva de la *religion de su nodriza*.

## II.

No se engañan los ortodoxos. Descartes, que creia que su filosofía se armonizaba tan maravillosamente con el cristianismo, ha sido rechazado por todas las confesiones. «Gracias á Dios, dice el irónico Bayle, estamos todos conformes, católicos y reformados, en lo que se refiere al ódio al cartesianismo. Es esta una secta que excomulgan lo mismo los protestantes que los frailes» (1). La palabra *odio* no es demasiado fuerte, y es un odio teológico, es decir, el bello ideal en punto á odios. Estas almas tan amorosas, si hemos de dar crédito á sus palabras, demuestran su caridad odiando. Descartes fué el primero entre los filósofos modernos que dió una demostracion filosófica de la existencia de Dios. Veremos á un doctor católico, al severo Arnoldo, ensalzarle por este trabajo, en el que veía la mano de la Providencia para confundir á los ateos. No veía con claridad: un teólogo reformado, Gilberto Voët, probó de como aquella demostracion de la existencia de Dios no era más que un ateísmo disfrazado. Aquel digno ungido del Señor suscitó contra el filósofo frances todos aquellos que tenían sangre calvinista en sus venas. Los sínodos condenaron á porfía el cartesianismo. Uno decretó lo que ya habia decretado en el siglo XVI un concilio católico, que la filosofía no tenía nada que ver con la teología, y prohibió á los teólogos el emplear en sus escritos ó en sus lecciones los razonamientos de Descartes. Otro decidió que no se confriera ninguna dignidad eclesiástica, ni aún una cátedra de universidad, á los que profesaran el cartesianismo. Este desbordamiento de odio era una especie de caridad; se previno á las familias, so pena de su condenacion eter-

(1) BAYLE, *Noticias de la república de las letras*, Junio, 1864 (*Obras*, t. I, p. 81).

na, que no enviasen sus hijos á las escuelas en que se enseñase la filosofía de Descartes, filosofía infecta de materialismo y de ateísmo (1).

Pasemos al campo contrario. Los jesuitas reinaban en la enseñanza, reinaban sobre la conciencia de los reyes. En vano se habia humillado Descartes hasta implorar la proteccion de la omnipotente Compañía; los reverendos padres fueron inexorables. Leibnitz escribió á Arnoldo que no creian en las protestas del filósofo frances, que no veian en ellas más que disimulo ocasionado por la necesidad de su posicion; que despues de todo, las palabras eran contrarias á los hechos, puesto que la filosofía cartesiana era incompatible con el cristianismo (2). Sufrió una persecucion en regla. Los jesuitas obligaron á la sagrada congregacion del Indice á prohibir la lectura de las obras de Descartes. Agitaron la universidad de París. El parlamento, siempre hostil á las novedades, estaba pronto á decidirse contra la nueva filosofía, cuando Boileau publicó su *Sentencia burlesca*, y evitó con aquel chiste una vergüenza á la magistratura francesa. Este fracaso no desanimó á los padres; se dirigieron al rey y obtuvieron un decreto del Consejo que prohibió la enseñanza de la filosofía de Descartes en la Universidad de París (3). Descartes halló un partidario en el seno de la Compañía; sabidas son las persecuciones de que fué víctima el pobre padre Andres. Hé aquí una curiosa carta que le dirigió un miembro influyente de la Orden; en ella vemos hasta dónde llegaba el odio del nombre de Descartes en el seno de una sociedad que tenía la pretension de amar la ciencia. «La verdad es que esta doctrina es en todo lo esencial opuesta á la buena teología, y aún á varios artículos de la fe. Ya sabeis que ha sido reprobada en Roma. No podeis ignorar que el general y los superiores la prohíben, que la Compañía pretende, no solamente que no se la apruebe, sino aún que se la combata, como se combatia la de Calvino antes del concilio... Comprended, querido padre, que decir que le estimais es como decir: yo estimo á Calvino» (4).

(1) BOUILLIER, *Historia de la Filosofía cartesiana*, t. I, p. 268.

(2) *Briefwechsel zwischen Leibnitz und Arnauld*, p. 139.

(3) COUSIN, *Fragmentos*, t. II, p. 174 y sig.

(4) *Obras del padre ANDRES*, *Introduccion de COUSIN*, p. 88.

Roma habia hablado; esto debia bastar para imponer silencio á la razon. Tuvo lugar en la ciudad eterna una escena entre un doctor, en teología de Lovaina, y un cardenal, que nos revela las ideas de los príncipes de la Iglesia. El cardenal se admiraba de que se enseñase en Lovaina la filosofía de Descártes; el de Lovaina tomó la defensa del *Alma Mater*. Esto sacó de quicio á Su Eminencia: « Esa filosofía, exclamó, está llena de errores, que provienen de una crasa ignorancia. » ¡Gustan tanto los cardenales de las luces! « Además, continuó, conduce al ateísmo. » No dejó el nuncio de denunciar la nueva herejía á la facultad de teología de Lovaina. Pero el cartesianismo invadió la facultad de medicina. Nueva denuncia del nuncio en la que trató de *epicúrea* á la filosofía de Descártes: no podia estar mejor escogido el epíteto para caracterizar una doctrina esencialmente espiritualista. La facultad de filosofía reprobó el cartesianismo con las más severas censuras: « Es un insulto á toda la antigüedad: es una novedad profana, exótica. » Esta última censura es deliciosa; la filosofía cartesiana no tenía el sabor del terruño alemán, luego era falsa, presuntuosa, intolerable, peligrosa para la fe de los belgas (1) que iban á Lovaina á cultivar su inteligencia. ¡Esto se llama hoy una venerable institucion, fuente de luz, foco de civilizacion!

Es preciso, sin embargo, se dice, hacer justicia en un punto á los enemigos de Descártes, y es que su odio era previsor. Es un mérito bastante pequeño; se reduce á combatir toda innovacion, porque todo progreso compromete una fe que pretende ser inmutable. La oposicion entre la nueva filosofía y el cristianismo tradicional estalló ya en vida de Descártes. Un ilustre teólogo, gran discutidor, que rompió más de una lanza en favor de la transubstanciacion, dió la voz de alarma: « La doctrina de Descártes, dice Arnaldo, de que la extension es de la esencia de la materia, es inconciliable con el misterio de la eucaristía; en efecto, es de fe que quitada la sustancia del pan eucarístico, solamente le quedan los accidentes, y entre ellos figura la extension. » La fe miraba, pues, como un accidente, lo que la filosofía, de acuerdo con el buen sentido, miraba como una esencia. ¿Qué contestar? Des-

(1) D'ARGENTRÉ, *Collectio judiciorum*, t. III, *supplem.*, p. 303.

cártes, dice su biógrafo, hubiera querido evitar el remover este punto de la transubstanciacion; pero acosado por la carta de Arnaldo, no tenía medio de retroceder. Le fué preciso explicarse, dice Baillet, *al ménos regularmente* (1). Compadezcamos al pobre filósofo obligado á demostrar que un cuerpo puede hallarse en dos lugares á un tiempo, obligado á admitir los milagros del cordero ensangrentado, aunque manifiestamente inventados para un fin determinado (2). Hé aquí hasta dónde tiene que rebajarse la filosofía cuando quiere seguir en buena armonía con la teología. El honrado Baillet dedujo que Descártes hubiera hecho mejor en reconocer de buena fe y sin rodeos la imposibilidad moral en que estarán siempre los filósofos de demostrar la transubstanciacion por los principios de la física, lo cual equivale á decir que hay que escoger entre la filosofía y el catecismo. ¿Queréis filosofar? En ese caso dad un adios á la fe cristiana. ¿Os preocupáis por vuestra salvacion eterna segun la Iglesia? Entónces dejad á un lado el libre pensamiento.

Otra acusacion más grave se hizo tambien á Descártes. Algunos, dice Baillet, que por otra parte no eran enemigos suyos, han creido encontrar un lenguaje conforme al de los *pelagianos* en los términos de su discurso del Método, en el cual se expresa así acerca del poder de hacer el bien que conocemos y que queremos: « No inclinándose nuestra voluntad á seguir ó á hacer ninguna cosa más que segun que nuestro entendimiento se la representa buena ó mala, *basta pensar bien para obrar bien*, y pensar lo mejor posible para obrar del mejor modo posible, es decir, para adquirir todas las virtudes y con ellas todos los bienes que se pueden adquirir. » ¿Qué responde Descártes? « Pelagio ha dicho que se podian hacer buenas obras y merecer la vida eterna sin la gracia, lo cual ha sido condenado por la Iglesia. Lo que yo digo es que se puede conocer por la razon natural que Dios existe, pero yo no digo por eso que este conocimiento natural merezca por sí y sin la gracia la gloria sobrenatural que esperamos en el cielo. Porque, por el contrario, es evidente que siendo esta gloria sobrenatural, se ne-

(1) BAILLET, *Vida de Descártes*, t. II, p. 518-520.

(2) DESCÁRTES, *Obras*, t. II, p. 35 y sig., 78 y sig.

cesitan fuerzas más que naturales para merecerla» (1). ¡Pobre filósofo! Se revuelve en el cenagal teológico como el diablo en el agua bendita. Descartes no veía que comprometía la gracia sobrenatural por el mero hecho de enseñar que para obrar bien basta conocer bien, y para conocer bien basta la razón natural. Desde ese momento la gracia es inútil para la virtud, y ¿podía creer que la virtud no fuese bastante para ganar el cielo? El buen sentido en todo caso y la conciencia se sublevaron contra la idea de que el hombre virtuoso arderá en el infierno porque no ha creído en la divinidad de Jesucristo y en las demás cosas reveladas que dependen de la gracia, y ante esta voz de la conciencia no hay teología que valga.

La acusación de pelagianismo era capital y era merecida. Descartes parece ignorar que haya habido una caída, un pecado original; tiene tanta confianza en la razón como si Eva no hubiese comido jamás del fruto prohibido. En ese caso, ¿para qué un reparador? ¿Para qué la revelación? En el siglo XVII el debate entre los cartesianos y los teólogos no salía fuera del terreno del dogma. En nuestros días ha tomado más vastas proporciones. La historia de la filosofía ha revelado una filiación incontestable entre Descartes y su discípulo Espinosa. Leibnitz, para quien nada pasaba desapercibido, la ha hecho ya notar. «La doctrina de Espinosa, dice, es un cartesianismo inmoderado; Espinosa no ha hecho más que cultivar ciertas semillas de la filosofía de Descartes.» De ahí la censura de panteísmo que es bastante más peligrosa que todas las acusaciones que se lanzaban en el siglo XVII contra la filosofía cartesiana, porque el panteísmo amenaza no solamente al cristianismo sino á toda religión. Un filósofo francés, jefe de escuela, ha tratado de defender la memoria de su querido maestro; al defender á Descartes, M. Cousin se lavaba en cierto modo á sí mismo de las imputaciones que incesantemente se le han dirigido. Pero la causa es mala. En vano ha querido M. Cousin atribuir el panteísmo de Espinosa á la Kábala. Sus propios discípulos se han declarado contra él: «La fuerza activa, la fuerza individual, dice un pensador distinguido, no tiene apenas cabida en el mundo carte-

(1) BAILLET, *Vida de Descartes*, t. II, p. 513.

siano. En él está el germen del panteísmo» (1). Y si el hombre no tiene existencia individual, si se confunde en Dios y se pierde en el ser universal, ¿qué es de la religión? ¿Podrá hablarse de una revelación entre el hombre y Dios, cuando Dios y el hombre no constituyen más que uno solo?

### III.

Descartes no sospechaba las consecuencias que Espinosa dedujo de sus principios. Sus contemporáneos, excepto Leibnitz, tampoco las percibieron. Las objeciones que le hacían los reformados y los jesuitas son estúpidas en el terreno del libre pensamiento. Aquellas censuras son hoy su título de gloria. Hoy le ensalzamos por haber inaugurado la emancipación del espíritu humano. Es verdad que se ha detenido á mitad de camino; ha temido llevar sus principios hasta sus últimas consecuencias. Pero la verdad tiene un poder maravilloso; se desarrolla á pesar de las debilidades y de las contradicciones humanas. El racionalismo cartesiano continuará su obra hasta que no quede nada de ese sobrenatural á que Descartes manifestaba tanto respeto. Solamente entonces se habrá emancipado por completo el espíritu humano, porque lo sobrenatural es la cadena con que la Iglesia tiene aprisionada á la humanidad. ¿Es esto decir que con lo sobrenatural perecerá también la religión? Se transformará como todo lo que se refiere á los sentimientos y á las ideas de un ser esencialmente progresivo; pero en su esencia es imperecedera. El hombre no vive más que por el vínculo que le une con Dios; ¿cómo, pues, ha de poder desconocerle?

Los defensores de la Iglesia, en su pequeñez, no tienen más que acusaciones para el eminente pensador que la filosofía coloca entre los libertadores del espíritu humano. Es verdad que Descartes destruyó la religión revelada, pero al demoler también ha construido, llenando así la doble misión de los filósofos; ha asen-

(1) COUSIN, en el *Diario de los Sabios*, 1861, p. 43-47. — SAISSET, en la *Revista de Ambos Mundos*, 1862, t. I, p. 332.

tado los fundamentos de la religion natural, demostrando la espiritualidad del alma y la existencia de Dios. ¡Singular espectáculo! Los ciegos partidarios de la ortodoxia hacen responsable á la filosofía de la incredulidad que ha invadido el mundo, siendo así que la filosofía es á quien hay que agradecer que haya todavía alguna fe en las almas. Y no se diga que esto es una paradoja. Si la Iglesia sola hubiese reinado en los espíritus, hace ya mucho tiempo que no habria ni vestigios de religion; lo absurdo de sus dogmas, y su pretension de que fuera de su doctrina no hay religion posible, hubieran conducido á la cristiandad á ese ateísmo absoluto, irremediable, que impera allí donde la dominacion del clero ha destruido toda vida filosófica. Vamos á dar un testimonio irrecusable de ello.

Hemos dicho en otra parte que la incredulidad habia invadido el mundo cristiano en el momento en que estalló la reforma. La revolucion del siglo XVI contuvo el movimiento fortaleciendo la fe, pero fué impotente para extirparlo, porque la fe que exaltaba era una fe supersticiosa, y precisamente la supersticion es la fuente más fecunda de la incredulidad. Por otra parte en Francia la reaccion católica triunfó, con las prácticas exteriores, y en su consecuencia, la incredulidad. Los contemporáneos nos dicen que á principios del siglo XVI, el escepticismo, el materialismo y el ateísmo estaban en moda, y se reflejaban en una literatura licenciosa é impía. «Apénas se encuentra un hidalgo campesino, dice Huet, obispo de Avranches, que quiera distinguirse de los cazadores de liebres, sin un Montaigne sobre su chimenea.» Descartes opuso á aquella nube de epicúreos, como él dice, su doctrina sobre la espiritualidad del alma y sobre Dios. ¿Trabajó en vano? Esto es lo que nos dirá un hombre, más jóven, y que vió el fruto de sus esfuerzos. Es un testigo no sospechoso, Arnoldo, quien habla: «Se debe considerar como un efecto singular de la providencia de Dios lo que ha escrito M. Descartes para contener la espantosa inclinacion que muchas personas en estos últimos tiempos parecen tener hácia la irreligion y el libertinaje, con un medio proporcionado á su disposicion. Son gentes que no quieren admitir más que lo que puede conocerse por la luz de la razon; que se oponen por completo á empezar por creer, á quienes son sospecho-

sos de debilidad de espíritu todos aquellos que hacen profesion de piedad, y que se niegan á toda entrada en la religion por la prevencion en que están de que lo que se dice de otra vida no es más que fábulas y que todo muere con el cuerpo. Parece, pues, que lo que habia de más importante para la salvacion de todas aquellas gentes, y para impedir que el contagio se extendiese más y más, era perturbarles en su falso reposo que no está apoyado más que en la persuasion en que están de que es una debilidad de espíritu el creer que nuestra alma sobrevive á nuestro cuerpo. Ahora bien, Dios, que se sirve como le place de sus criaturas, y que de este modo oculta los efectos admirables de su Providencia, ¿podia causarles mejor esta perturbacion, tan propia para hacerles volver sobre sí mismos, que suscitando un hombre que tenia todas las cualidades que aquellas gentes podian desear para combatir su presuncion y obligarles al ménos á entrar en justas desconfianzas de sus pretendidas luces; una grandeza de espíritu completamente extraordinaria en las ciencias más abstractas; una aplicacion á la única filosofía que no les es sospechosa; una profesion decidida de desprenderse de todas las preocupaciones comunes, lo cual es muy de su gusto, y que, por tanto, ha encontrado medio de convencer á los más incrédulos, con tal que quieran tan sólo abrir los ojos á la luz que se les presenta de que no hay nada más contrario á la razon que querer que la disolucion del cuerpo sea la extincion de nuestra alma?» (1).

Descartes reconcilió á los incrédulos con las creencias fundamentales de toda religion; pero no le fué posible volverlos á traer al cristianismo. Esto era imposible, porque la supersticion los habia separado de la religion cristiana, y Descartes preconizaba la religion oficial, incluso las supersticiones. Hé aquí por qué no tardó en desaparecer su influencia. En el siglo XVIII el nombre de Descartes está casi olvidado. ¿Era ingratitud? No; los libres pensadores no podian ver su maestro en un filósofo que pretendia demostrar con sus principios, como dice Voltaire, que un accidente puede existir sin el objeto, y que un cuerpo puede estar en dos lugares á un tiempo. Se tapaban los oidos, añade el gran crítico,

(1) BOUILLIER, *Historia de la Filosofía cartesiana*, t. II, p. 156-158.

al oír semejantes enormidades, y pasaban de largo. El siglo XVIII procede más bien de Espinosa que de Descartes.

### § II.—Espinosa.

M. Cousin compara á Espinosa con Descartes, y la comparación no es ventajosa para el filósofo de Amsterdam. Descartes, dice, fué un *modelo de prudencia y de espíritu práctico*. El ilustre escritor admira la rara prudencia con que el filósofo del siglo XVII gobernó su barco: «Dedicó sus *Meditaciones* á la *Sorbona*, hizo *ofrecimientos* á los jesuitas, y suspendió *prudentemente* su demostración filosófica del movimiento de la tierra, despues del proceso de Galileo» (1). El discípulo no se parecía en nada á su maestro. Espinosa repetía con frecuencia que había adoptado con gusto esta máxima de Descartes: «No admitir como verdadero más que lo que está fundado en la evidencia.» Hasta aquí están de acuerdo, pero el pobre judío se equivocó al creer que esta máxima filosófica se había hecho para practicarla. Habiendo tenido dudas sobre las creencias religiosas en que había sido educado, dejó de observar la ley de Moisés. De aquí un grande escándalo en la pequeña comunión de Amsterdam: ofrecióse á nuestro filósofo una pensión de mil florines si quería ir de tiempo en tiempo á la sinagoga. Espinosa, convencido de que la doctrina de los rabinos era falsa, rechazó la oferta, protestando que aun cuando le dieran diez veces más no aceptaría y no acudiría á sus reuniones, porque no era hipócrita y no buscaba más que la verdad. Hé aquí el crimen; oigamos las reflexiones que inspiró á M. Cousin: «Descartes en el lugar de Espinosa, hubiera también seguramente rechazado una pensión, signo de recompensa de una fe que no estaba en su corazón; pero una filosofía *más madura y más elevada* le hubiese hecho mirar como una *gran falta* el herir sin necesidad creencias dignas de respeto, y sin celo afectado, pero sin desden, bien poco filosófico, hubiera acudido alguna vez á la sinagoga, y orado

(1) COUSIN, *Fragments filosóficos*, t. II, p. 175-176.

ante Dios con los hermanos que la suerte le había deparado» (1).

Lo que M. Cousin condena como una *gran falta* es á nuestros ojos la gloria de Espinosa, y el elogio que hace de la prudencia de Descartes es su censura. Si la filosofía no consiste más que en palabras y bellas frases, concebimos que se pueda ser filósofo y llevar al mismo tiempo un cirio en las procesiones. Pero en este caso no vemos para qué sirve la filosofía, á ménos que no sea para ser profesor y académico. La filosofía no es nada, si no llega á ser una convicción tan profunda para el filósofo como las creencias religiosas lo son para los fieles. ¿Se comprendería que un católico frecuentase los templos protestantes ó las sinagogas de los judíos? Se le consideraría como un hipócrita. ¿Será por ventura la hipocresía una virtud entre los filósofos? Lo que es el vicio más vil en un creyente, ¿se convierte en signo de una elevada filosofía en el libre pensador? ¡Dios nos libre de semejante *prudencia*! Nosotros nos inclinamos con respeto ante Espinosa; si la filosofía tuviese sus santos, merecería un culto. Pero hay un culto más puro que el que los católicos dan á sus santos: imitar las virtudes de aquellos á quienes honramos como los guías divinos de la humanidad. Entre estos grandes hombres, Espinosa ocupa un lugar preferente, precisamente porque prefirió vivir con unos pocos cuartos diarios á mentir á su conciencia, afectando una fe que no tenía.

En cuanto á Descartes, sea cualquiera su grandeza como filósofo, los hombres que aman la verdad no verán jamás en él un modelo que imitar, sino debilidades inexcusables que evitar. Si el siglo XIX sufre, si parece decaer, consiste en que no tiene el valor de practicar lo que piensa: ha abandonado el cristianismo en su fuero interno y continúa llamándose cristiano. ¿Qué resulta de ahí? Que no tiene regla de conducta; no quiere ya regla religiosa, y la regla filosófica no es más que una vana teoría. De aquí las vergonzosas debilidades de que somos testigos, y que harían desesperar del porvenir de la humanidad si no tuviésemos una firme confianza en el gobierno de Dios. Para reanimar los espíritus, no es menester predicarles una *elevada filosofía* que conduzca á no te-

(1) COUSIN, en el *Diario de los Sabios* 1861, p. 79.